



Pez y pesca en el nombre de Cristo

MIGUEL ÁNGEL ALMODÓVAR

Aunque desde tiempos remotos el pez se usó como símbolo de fertilidad y prosperidad, de resurrección e, incluso y más específicamente, de los órganos reproductivos femeninos, su éxito total y planetario como símbolo de vida eterna es netamente cristiano. Los padres de

la Iglesia y los cristianos primitivos se referían frecuentemente al pez y a la pesca tanto en discursos como en tratados teológicos y hay pruebas fehacientes de que a finales del siglo II Jesucristo era llamado pez, sobre todo en relación a los sacramentos del bautismo y la eucaristía, en Asia Menor, Egipto, África proconsular, Galia meridional y Roma.

Partiendo de la voz griega para pez, Ichthys, los cristianos construyeron un acróstico que significaba "Jesucristo Hijo de Dios, Salvador", de I: Iesus, Jesús; Ch: Cristos, Cristo; Th: Theou, Dios; U: Uios, Hijo; S: Soler, Salvador. Además, el pez y la pesca representan el maravilloso suceso en el que Jesús alimentó a cinco mil personas con solo dos peces y cinco panes; el bautismo de agua, practicado por inmersión en la Iglesia primitiva, que creó el estrecho paralelo entre los peces y los convertidos, y la llamada a los primeros discípulos a convertirse en

pescadores de hombres, lo que para algunos de ellos, Simón Pedro y su hermano Andrés Felipe, Santiago "el Anciano" y su hermano Juan, antes de atender a la metáfora era oficio cotidiano.

Cuando los cristianos se vieron amenazados por el poder de Roma, usaron el pez como símbolo para marcar tumbas y lugares de cita o encuentro; para distinguir a los "hermanos" de los que no lo eran y podían denunciarles, y para manifestar su adhesión a la fe de Cristo, reproduciendo el símbolo en anillos, piedras, sellos o vidrios.

EL PRINCIPIO DE LA SOBREEXPLOTACIÓN Y LA PIONERA CONCIENCIA ILUSTRADA

El siglo XVIII español, que no en vano fue el de las Luces, marcó el inicio de los primeros atisbos de toma de conciencia respecto a los peligros de la sobreexplotación pesquera. En la centuria, Cataluña disponía de una flota que se aproximaba a un tercio del total de





los efectivos del país, y a este dominio se añadió el descubrimiento de una técnica de pesca de arrastre conocida como arte del bou, que consistía en una bolsa de red de malla fina y tupida arrastrada por dos barcos que navegaban en paralelo, una con la red y parte del cable y la otra sólo con el cable, que por el fondo iba arramplando con peces y todo lo que hallaba a su paso. El procedimiento se tradujo inmediatamente en un abaratamiento del proceso y en un rápido incremento de la rentabilidad, que permitió además el desarrollo de una pujante industria salazonera. Los políticos ilustrados cayeron pronto en la cuenta de los riesgos que tales artes implicaban y se plantearon su regulación, aunque de otro lado eran conscientes de los negativos efectos que tal podría representar en la industria y el empleo. De estas vacilaciones da fe la *Memoria sobre la decadencia de la pesca en las costas de Andalucía y modo de repararla*, presentada en 1779 ante la Real Sociedad Patriótica de Sevilla, por uno de sus miembros, Manuel Martínez de Mora, y donde puede leerse: "Con la prohibición absoluta de los bous se causa no considerable extorsión aun intere-

sado o compañía y de su tolerancia se sigue la ruina de todos los pueblos que antes de ellos vivía de la pesca...". Pero el saqueo pesquero había comenzado y ya sería imparable.

AÚN DICEN QUE EL PESCADO ES CARO...

El título de esta conocidísima obra de Joaquín Sorolla, que con el tiempo se convirtió en dicho popular y frase hecha de uso común, evoca el grave peligro de la pesca y los infortunios de las gentes del mar, y se adscribe a una tendencia de género artístico denominada realismo social, en la que se hallaba inmerso el pintor valenciano allá por el último decenio del siglo XIX. El título está inspirado en una escena de la novela *Flor de Mayo*, de su paisano Vicente Blasco Ibáñez,

que se desarrolla en las playas del barrio valenciano del Cabañal. La tía de Pascualet, un joven muerto en la mar, se lamenta de la tragedia y dice: "¡Que viniesen allí todas las zo-

rras que regatean al comprar en la pescadería! ¿Aún les parecía caro el pescado? ¡A duro debía costar la libra...!".

La escena muestra a dos pescadores que atienden a un tercero, muy joven, tras un accidente y sobre cuyo torso desnudo se ve una medalla, probablemente de la Virgen del Mar, protectora de los pescadores. Uno de ellos le sujeta por las axilas y el otro trata de curarle la herida con un paño. Alrededor de los personajes se observan los útiles habituales en el interior de las barcas: un candil, un tonel de agua dulce, cuerdas y varios peces. El colorido es bastante oscuro y se enmarca dentro de la línea cromática de la escuela española, con abundancia de ocre en línea velazqueña, aunque con leves pinceladas en verdes y azules, matizadas por la cálida iluminación que llega desde la escotilla. El dramatismo de la composición se acentúa con el deliberado escoramiento del conjunto hacia la derecha, lo que, unido al leve cabrilleo del agua en el tonel, hace que el espectador sienta la sensación de movimiento y oleaje.

"Aún dicen que el pescado es caro" obtuvo una Medalla de Primera Clase en la Exposición Nacional de 1895, por lo que el cuadro fue adquirido por el Estado y desde entonces se exhibe en el Museo del Prado. ■



Aún dicen que el pescado es caro... Joaquín Sorolla.